

Beato Dom Columba Marmion

Con suma frecuencia vuelve en sus cartas a esta idea de sumisión filial: la substancia de la vida de unión está en el cumplimiento amoroso de la voluntad del Padre celestial, en unión con las disposiciones de Jesucristo.

"La perfección se encuentra en el cumplimiento amoroso de la voluntad de Dios. En el momento de la Encarnación, el primer movimiento de la santa Humanidad de Jesús, movimiento que según dijo san Pablo resumió toda la santidad, fué la aceptación de la voluntad divina: "Heme aquí que vengo: según está escrito de mí al principio del libro: para cumplir ioh Dios! tu voluntad". Y la vida entera de María se resume en estas palabras: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".

Teme dom Marmion que el alma se ilusione en este punto. Es muy viva su solicitud en materia de tanta importancia: la expresa con gran frecuencia, sean cuales fueren las almas a quienes se dirige. Abundan los textos que atestiguan su afán de hacer vivir las almas dentro de la verdad:

"De todo corazón ruego por V., para que Nuestro Señor la lleve de la mano y le haga conocer y cumplir su santa voluntad".

"Dejemos que las cosas se desenvuelvan bajo la mano de Dios, y una vez que hayamos llegado "al punto", veremos más claramente lo que es preciso hacer. Por ahora no veo distintamente dónde está la voluntad divina. En una situación embrollada el único recurso es oculus simplex. Si en todo mira únicamente a Dios, poniendo de lado las consideraciones personales, non habens ullam partem tenebrarum, se hallará dentro de la luz y de la paz".

"Estoy muy contento de ver que en medio de tantos asuntos permanece con la vista fija en Dios. RESPICE FINEM; eso la mantendrá dentro de la verdad, et omnia quaecumque facies prosperabuntur".

"Ruego sin cesar para que Dios la tenga muy cerca de su Corazón en la verdad y para que en medio de las nieblas del momento el enemigo no consiga separarla de la voluntad divina, es decir del mismo Dios".

Y unos días más tarde insistía:

"Mantenga la vista fija en la luz, sin permitir que el polvo penetre. Procure lo más posible que el alma permanezca expuesta a los rayos divinos, porque fuera de allí la luz es sólo tinieblas".

"Si tiene V. fija la vista sólo en Dios, recibirá muchas gracias".

A una madre de familia:

"La encomiendo de todo corazón a fin de que Dios le dé la gracia y la luz para cumplir perfectamente su santa voluntad en la ruda tarea que le ha impuesto

de educar para El a su tan numerosa familia".

Hay algunas almas — a menudo generosas -- que se dejan a veces atraer por el espejismo de un bien aparentemente mejor, pero que en realidad no entra en los planes divinos. Dom Marmion las pone en guardia contra tan peligrosa ilusión:

"Si las circunstancias llegaran a cambiar, entonces y no antes, se podría estudiar la manera de adaptar su vida a la nueva situación que V. me expone. Por el momento viva en el presente actual, y no en un porvenir que acaso jamás será para V. una realidad".

Sólo la unión de nuestra voluntad con la de Dios es, en efecto, fuente de fecundidad; sobre este tema podríamos multiplicar las citas:

"Las más brillantes acciones, aquéllas que nos atraen las miradas y las alabanzas de todo el mundo, no valen a los ojos de Dios sino en cuanto son in Deo factae, es decir, enteramente dependientes de El y ejecutadas por su amor. Cuando se está bien unido con Dios, y por lo tanto en la luz de su verdad, las cosas se nos presentan de muy distinta manera que a los ojos del mundo".

"Me regocijo de ver que en toda circunstancia busca V. el fin: Dios solo, y que así logra considerar esas circunstancias bajo su verdadero aspecto. Puesto que Dios es "el Principio", a El pertenece la iniciativa de la dirección de nuestra vida; faltaríamos a nuestro fin si pretendiéramos sustituir con nuestras opiniones las iniciativas de Dios. Esto es particularmente cierto de los que hacen profesión religiosa".

"Mucho lo recordé ayer (fecha del santo de su corresponsal) y rogué al Señor le hiciera todo suyo, porque cada día veo mejor que fuera de Dios todo es vanidad, y que en El todo llega a ser divino".

"Debe V. entregarse en las manos de Dios, nuestro Padre celestial. El le amaba más y mejor de lo que V. pudiera amarse a sí mismo. Sólo allí donde Dios esté con V., podrá hacer un bien verdadero: "Ego ero tecum".

La siguiente es muy propia de dom Columbia: "Déjese conducir por la mano de Dios sin detenerse a mirar dónde le lleva, cuidando de permanecer bien sumisa y entre sus manos. Se está mil veces más unido a Dios encontrándose por obediencia en medio de una multitud, que recluido en una celda por propia voluntad".

Además de ser fuente de fecundidad sobrenatural, esta unión a la voluntad divina es también principio de una paz profunda. La cita que sigue está tornada de una de las más antiguas cartas de dom Marmion (21 de mayo de 1895) : allí se revela ya en toda su personalidad, plenamente sobrenatural y profundamente humano:

"Mucho deseo que pueda V. encontrar la calma y la paz; no hay duda que es inspiración del Espíritu Santo la que le empuja en este sentido. Sin embargo,

es preciso hacerlo suavemente y no afligirse demasiado si no se consigue de una vez. El mejor medio de adquirir este sosiego es una resignación absoluta a la santa voluntad de Dios: allí se encuentra la región de la paz y... . Trate de no desear nada, de no ligar su corazón a nada que no haya sido de antemano presentado a Dios y colocado en el Sagrado Corazón de Jesús, a fin de quererlo en El y por El.

Una de las principales razones que nos hacen perder la paz del alma es el desear alguna cosa o apegar nuestro corazón a algún objeto sin saber si Dios lo quiere o no; y luego, cuando algún obstáculo se opone a nuestros deseos, nos inquietamos, nos salimos de la conformidad a la voluntad divina y perdemos la paz.

Sin embargo —agrega con su habitual discreción— la gracia no destruye la naturaleza sino que la santifica, y cada uno debe contar con su propio carácter. Por lo tanto al mismo tiempo que evite la demasiada solicitud, guarde la justa medida, ya que, dado su carácter vivo, obrar con mucha lentitud sería una afectación que deseo evite a todo trance".

(Dom Raymond Thibaut, La Unión con Dios según Dom Columba Marmion, Editorial Difusión, Bs. As., p. 35-40)